

creador, fue maestro en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en donde formó numerosas generaciones de antropólogos, arqueólogos y museógrafos; participó en las campañas de alfabetización e invitó a quien se acercara, con esa sonrisa irresistible característica, a participar con él en la aventura de descubrir.

Escribió libros, pintó murales, inventó junto a Rene D'Harnoncourt, Fernando Gamboa y Daniel Rubín de la Borbolla, la —correctamente denominada— Escuela de Museografía Contemporánea que proponía un método y un estilo que revolucionaron el montaje de exposiciones y reorganización de los viejos museos, que antes de su intervención parecían bodegas de anticuarios. Por la misma época Covarrubias, el arqueólogo, estableció meridianamente que la cultura olmeca y no la maya es la más antigua en Mesoamérica.

A Covarrubias le apremió el tiempo. Sabía bien que nunca es suficiente para gozar el placer de conocer las maravillas que la vida contiene aunque ya había recorrido la mitad del siglo XX.

Entonces, desanda un poco en la memoria, vuelve a mirar sus documentales y de nuevo fija sus ojos en la danza, el recuerdo de su infancia en el cual se ve como ese *chamaco* alucinado que, a los seis o siete años, vio a la Pavlova bailar de puntitas el jarabe tapatío en la plaza de toros de la colonia Condesa; a Vicente Escudero que renovó el flamenco en el loco París que en la

década de los años veinte compartió la visión de Josephine Baker —la bella adolescente negra bailando en un gran teatro como sólo los negros pueden—; a las niñas balinesas del Legong que convocaban a los dioses con su danza; a los voladores danzantes que saludan el siglo renovado y los concheros que aún ahora insisten en grabar sus pasos fatigados en las calles de una ciudad que los ha olvidado.

Crear una danza nueva, plenamente mexicana fue lo que Covarrubias ambicionó entonces y a ello dedicó el impulso amoroso de sus últimos años; reunió coreógrafos, llamó a bailarines, convocó a los más renombrados pintores, escritores y músicos, y los dejó hacer libremente lo que oficio y emoción les dictaron. El resultado fue más que extraordinario, nuevos coreógrafos prosperaron a cada temporada, aparecieron bailarinas que hacían florecer la danza ante un público que creció ávido de compartir ese tiempo de oro en la danza mexicana.

En 1957 Covarrubias se cansó, su enfermedad lo debilitó de manera prematura, sin embargo, continuó, organizó, propuso, animó y realizó la tarea que a su modo de ver quedaba pendiente, y a sus cien años nos heredó su trabajo: ese catálogo de maravillas y encantamientos, de ideas fulgurantes, de libros prodigiosos, de imágenes de personajes absurdos o exóticos que nos miran divertidos, de películas en donde nos entrega el mundo y con éste la esencia de lo humano, una ventana abierta a un tiempo más lúcido y humano.

Discurso historiográfico, universidad y democracia en América Latina

*Carlos M. Tur Donatti**

Al comienzo del siglo XXI la enseñanza universitaria de la Historia en América Latina sigue en general aferrada a la concepción eurocriolla y hoy resulta arcaica y poco atenta a los cambios en el mundo y en nuestros propios países de origen.

Luego de una revisión de los planes de estudio de las carreras de historia desde México hasta Argentina, se encontró una concepción básica —denominada eurocriolla— y que limita su interés al país propio, el continente americano y Europa occidental. Esta concepción se fue elaborando desde los siglos coloniales por los intelectuales criollos que, después de la Independencia, identificaron las precarias nacionalidades con sus particulares intereses y el manejo excluyente del poder. En su estrategia de acceso a la “civilización” por antonomasia, la moderna sociedad burguesa que surgía del doble impacto de la Revolución industrial y de la Revolución francesa, los sectores dominantes latinoamericanos adhirieron sin reservas al discurso eurocéntrico elaborado por la as-

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH. Agradezco la colaboración de Carlos Andrés Aguirre Álvarez.

cedente burguesía europea a partir de su expansión desde el siglo XVI.

Avalados por las mayores autoridades intelectuales europeas del siglo XIX —Hegel y Ranke entre ellos— los escritores latinoamericanos de las repúblicas oligárquicas encontraron en el primer despliegue del imperialismo contemporáneo la confirmación de que la antorcha del “progreso y la civilización” era portada de manera victoriosa por las potencias noratlánticas.

Se justificaba entonces el discurso que ubicaba el despertar de la civilización en Egipto y en Mesopotamia, recibía su sello innovador en Grecia y se prolongaba en Roma y la Edad Media, para desembocar en la modernidad del Renacimiento y el inicio de la acumulación originaria capitalista. América sería entonces una etapa más en la marcha triunfante y unilínea de la civilización conducida por Europa.

Si esta concepción era aceptada por los intelectuales latinoamericanos en los años previos a la gran guerra y la Revolución de octubre, que marcan el advenimiento del siglo XX, sus vicisitudes catastróficas y liberadoras presentan en estos días un escenario mundial profundamente transformado y de inquietante futuro. Está en los orígenes de este panorama inédito la pérdida de los imperios coloniales, la notoria reducción de la influencia europea durante la guerra fría y, lo que es más significativo para nuestros propósitos, la decidida impugnación por los propios

historiadores europeos de la concepción eurocéntrica.

Nadie que frecuente los periódicos o vea los noticieros televisivos puede ignorar la creciente importancia económica de China y de la India, las turbulencias del mundo islámico o la incidencia del SIDA en África subsahariana. Pero, ¿nuestras universidades preparan a sus estudiantes para comprender el mundo de hoy, y además contribuir a transformarlo como declaran explícitamente algunas de ellas? Creemos que en muy escasa medida.

Pongamos algunos ejemplos con base en los planes de estudio: la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá,¹ es contundente: se ocupan de su propio país, América y Europa; este sesgo eurocristiano ortodoxo también lo encontramos en las mexicanas Autónoma de Nuevo León² y en la jesuita Iberoamericana del Distrito Federal.³ En otras universidades latinoamericanas hallamos intereses más amplios: incorporan a Asia y África las universidades nacionales argentinas de Rosario⁴ y La Plata,⁵ pero desde los siglos XV y XVI; y en los casos de la de Buenos Aires⁶ y La Habana⁷ desde finales del siglo

¹ www.dnic.unal.edu.co/dinapcur/5ch115h.htm

² www.filosofia.unam.mx

³ www.uia.mx/ibero/prog/carreras/historia/mayor.html

⁴ Plan de estudios para la carrera de licenciado en Historia Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. Argentina. Mayo de 2002

⁵ www.unlp.edu.ar/lihisto.htm

⁶ www.filo.uba.ar/departamentos/historia/plan.htm

XVIII. Estos ejemplos demuestran que el esquema eurocristiano sigue vigente con algunas variaciones en ciertos casos.

En el mencionado ejemplo colombiano es tan importante lo que explícitamente se afirma como lo que implícitamente se niega. No tienen derecho a la plena existencia histórica ni el 22 por ciento de la población de orígenes africanos ni la burguesía sirio-libanesa de las ciudades de la costa atlántica. Proceden de continentes que no existen en el imaginario historiográfico oficial; resultan, sencillamente, invisibles.

En los casos cubano y argentinos, las grandes civilizaciones asiáticas sólo acceden plenamente a la existencia histórica cuando arriban a sus costas los navegantes europeos o la Revolución Industrial acelera el colonialismo del Viejo Continente. Es más, en algunos planes de estudio China e India son descritas sólo como civilizaciones antiguas, para reaparecer en el escenario histórico mundial después de los viajes de Vasco de Gama y de Cristóbal Colón.

A este esquema arcaico y colonialista le oponemos sólo dos objeciones: nosotros, latinoamericanos, nacimos de este lado del Atlántico y obviamente no podemos seguir observando el pasado con ojos madrileños, parisinos o londinenses; por otro lado, los mejores especialistas europeos actuales han superado definitivamente la lectura eurocristiana afirmando que otras

⁷ www.uh.cu/facultades/ffh

sociedades —la china tang, la islámica abasí, la india mogol, para poner tres ejemplos— adelantaron en cuanto a ámbito civilizatorio por largos siglos a esa península excéntrica del gran continente euroasiático que hoy llamamos Europa. Las conclusiones de especialistas de primera línea —como el francés Jacques Gernet para China⁸ y el inglés Bernard Lewis para Asia suroccidental⁹— avalan de forma contundente las afirmaciones que se hacen con anterioridad.

En estos años en que se abandona el esquema eurocéntrico en Europa y en Estados Unidos se publican textos de enseñanza media para entender la marcha de todas las grandes civilizaciones,¹⁰ ¿nosotros debemos plegarnos al nuevo enfoque “globalizado” o, por necesidades propias intelectuales y políticas, enterrar el eurocriollismo y reemplazarlo por una lectura de todo el pasado humano desde América Latina? Resulta obvio que nuestro camino es el segundo.

En algunas versiones oficiales sobre los grupos humanos y tradiciones culturales que han conformado nuestras identidades nacionales se habla de mestizaje, de conjunción

⁸ Gernet, Jacques, *El mundo chino*, Barcelona, Crítica, 1991.

⁹ Lewis, Bernard, *El Oriente Próximo. dos mil años de historia*. Barcelona, Crítica, 1996

¹⁰ Eister, Anthony, *The Human venture a world history from prehistory y to the present*, Saddle River NJ. Prentice Hall, Upper, 1996.

Fields, Lenny B. y Russell J. Barber y Cheryl A. Riggs, *The Global past*, 2 vols., Boston, Bedford Books, 1998.

hispano-indígena y, en las últimas décadas de una tercera raíz: la africana, aunque generalmente en forma retórica. Sin embargo, desde el siglo XIX América Latina acogió otros aportes humanos y culturales; además de ingleses, italianos y alemanes, chinos, sirio-libaneses, japoneses, armenios, etcétera, que se han ido incorporando a nuestras comunidades nacionales y convirtiéndolas en sociedades pluriculturales. ¿O es necesario mencionar aquí a Carlos Slim Helú, Alberto Fujimori y Carlos Saúl Menem, quienes representan estos grupos étnicos parte de nuestras raíces y sociedades actuales?, ¿podemos seguir borrándolos cuando se habla simultáneamente de respeto a la pluralidad cultural y de fortalecer nuestras instituciones democráticas?

Pareciera que los añejos prejuicios criollos —negados por los Estados, pero vigentes en los planes de estudio universitarios— siguen determinando el desdén por la historia africana —¿será porque la mayoría de los afrolatinoamericanos por “negros” son pobres?— o la aceptación recortada y sesgada de la historia china, por ejemplo, se explica porque son “diferentes” a nuestras elites y su ascendencia, cuya imaginación les lleva en muchos casos a sostener orígenes hispánicos y nobiliarios.

Si necesitamos en el actual panorama internacional fortalecer nuestras identidades nacionales, respetando nuestros pluralismos y profundizando nuestras democracias, y propiciar que el proceso de globalización en que estamos inser-

tos y que nos daña, sea paulatinamente modificado en favor de las mayorías, debemos cambiar radicalmente nuestra óptica del pasado y abandonar recortes del proceso histórico mundial impuestos por la concepción eurocriolla, tan arcaica como enajenante.

El mundo del siglo XXI será pluricéntrico —las fantasías de dominación unipolar están naufragando a la vista de todos— aunque crecientemente interdependiente, y en él debemos lograr una mayor integración de nuestras diferencias y crear nuevas formas democráticas.

En esta perspectiva utópica, las universidades latinoamericanas deben asumir el reto de echar una mirada amplia al pasado, que legitime nuestras diversas raíces y nos prepare, según nuestras necesidades, para insertarnos en el mundo del siglo XXI. En Estados Unidos se está extendiendo una versión “globalizada” de todo el pasado humano, muy acorde con su estrategia de dominación neoliberal-militarizada. Ante esta nueva amenaza, ¿seguiremos abrazados a nuestros prejuicios racistas y al eurocriollismo, tan sesgado como obsoleto?

La disyuntiva es clara: o elaboramos una nueva teoría y lectura del pasado que abra el horizonte a una inédita utopía civilizatoria, o aceptamos sustituir el dogal eurocriollo por la visión globalizada norteamericana, que intentará legitimar su estrategia de dominación mundial. Que cada intelectual y cada universidad en América Latina elija su campo es una tarea tan necesaria como urgente.